

DP66

L3

v. 11



AGENCIA GENERAL

85878

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE TERCERA.

INTRODUCCION A LA EDAD MODERNA.

ESPAÑA

AL ADVENIMIENTO DE LA CASA DE AUSTRIA.

- I.—Consideraciones sobre la transición de la edad media á la edad moderna.—II.—Trasformacion social en España.—Carácter de la guerra y conquista de Granada: importancia y trascendencia de este suceso: unidad religiosa.—III.—Reflexiones sobre el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.—Unidad del globo.—Relaciones generales de la humanidad.—Destino de la gran familia humana.—España pone en contacto los dos mundos.—Síntomas de marcha hácia la fraternidad universal.—IV.—Guerras de Italia.—El rey Fernando y el Gran Capitan.—Conquista de Nápoles.—Preponderancia de España en Europa.—V.—Diplomacia europea.—Confederaciones y ligas.—Sagacidad política de Fernando.—VI.—Las conquistas de España en Africa.—Cisneros y Navarro.—VII.—Sobre la incorporacion de Navarra á Castilla.—Unidad nacional.—VIII.—Pensamientos y proyectos de la reina Isabel sobre la union de Portugal y Castilla.—Juicio sobre el destino futuro de Portugal.—IX.—Organizacion interior de España.—El trono.—La nobleza.—El Estado llano.—Las córtes.—La administracion de justicia.—

Consejos.—Tribunales.—Legislacion.—Costumbres.—Sistema económico.—Medidas restrictivas.—Leyes suntuarias.—Reforma del lujo.—X.—El principio religioso en los reyes y en el pueblo.—Sobre el fanatismo y la inmoralidad.—El clero.—Provechosa reforma que hizo en él la Reina Católica.—Conducta de Isabel y Fernando con la corte pontificia.—Regalías de la corona.—La Inquisicion.—Bautismo y espulsion de los moriscos.—Ideas religiosas de aquella época.—XI.—Errores políticos y económicos en el sistema de administracion colonial de América.—Crueldades con los indios.—Abundancia de oro y plata en España.—Pobreza de la nacion en medio de la opulencia.—Sus causas.—XII.—Hombres insignes que florecieron en este tiempo en España.—Capitanes y guerreros.—Sacerdotes y preladados.—Diplomáticos y embajadores.—Jurisconsultos y letrados.—Profesores y literatos ilustres.—Mujeres célebres.—Sábios extranjeros que vinieron á ilustrar la España y á naturalizarse en ella.—Diferente conducta de Isabel y Fernando con los grandes hombres de su tiempo.—XIII.—Estado general de la monarquía española cuando vino á ocupar el trono la dinastía austriaca.

I.

«El reinado de los Reyes Católicos, dijimos en nuestro discurso preliminar, es la transición de la edad media que se disuelve á la edad moderna que se inaugura.»

Pocas veces en tan breve plazo ha entrado un pueblo en un nuevo desarrollo de su vida. Entre la edad antigua y la edad media de España se interpuso el largo y no bien definido período de la dominación goda; trescientos años y treinta reyes. Menos de medio siglo ha sido bastante para obrar la transición de

la edad media á la edad moderna española: cuarenta años y un solo reinado. ¡Tan corto término bastó á dos monarcas para regenerar el cuerpo social! Prueba incontestable de su actividad prodigiosa.

El reinado cuyo bosquejo acabamos de trazar es una de esas épocas en que se ve mas palpablemente lo que avanzan de tiempo en tiempo estas grandes porciones de la familia humana que llamamos naciones, en virtud de la ley providencial que las dirige; y en que se ve comprobada una de esas verdades consoladoras que hemos asentado como uno de nuestros principios históricos, á saber: «la humanidad marcha hacia su progresivo mejoramiento, aunque á veces parezca retroceder.» El viajero de la edad media parecia caminar por un interminable y desierto arenal, cuyo suelo movedizo se hundia á sus pisadas ó retrocedia bajo sus pies. Al ver su marcha fatigosa y pausada y su andar lento y penoso, se diria que no adelantaba un paso. Al observarle muchas veces, ó parado ante un obstáculo, ó empujado hácia atrás por una fuerza superior, se temeria que no habia de llegar nunca al término de su viage.

Y sin embargo este caminante iba haciendo insensiblemente sus jornadas. Covadonga, Calatañazor, Toledo, Zaragoza, las Navas, Valencia, Sevilla y Granada, son otras tantas columnas miliarias, que señalan el itinerario de la edad media española, en su marcha simultánea hácia la unidad geográfica y há-

cia la unidad religiosa. La union de las coronas de Asturias, de Galicia y de León en las sienes del primer Fernando, y su incorporación definitiva con la de Castilla en la cabeza de Fernando III.; el doble y perpétuo consorcio de los reinos y de los soberanos de Aragon y Cataluña con Petronila y Berenguer; el príncipe Fernando de Castilla llamado á ser el primer Fernando de Aragon; y el segundo Fernando de Aragon venido á ser el quinto Fernando de Castilla, señalan las jornadas de esta múltiple y fraccionada monarquía hácia su unidad social. Los fueros municipales, el Real, las Partidas, los Ordenamientos y Ordenanzas, las Córtes, son otros tantos pasos hácia la unidad política y civil.

Asi, á pesar de la disolucion que la sociedad española habia padecido, y en medio de las luchas, oscilaciones y vicisitudes por que hubo de pasar para regenerarse, lucha de reconquista contra un pueblo usurpador, lucha de independencia contra un dominador extranjero, lucha religiosa contra los enemigos de su fé y de su culto, lucha de rivalidad entre los habitantes de las diversas zonas de la Península, lucha política y civil entre los diferentes elementos constitutivos de los estados, lucha doméstica entre gobernantes y gobernados, entre las clases, las gerarquías, los individuos de unas mismas familias; á vueltas de tantas luchas y de tantas contrariedades, la sociedad española de la edad media iba de tiempo en tiempo

avanzando en la conquista, ganando en estension, progresando en cultura, adelantando en su reorganizacion social, política y civil, porque la ley de la humanidad tenia que cumplirse, y la ley de la humanidad se cumplia.

Los Reyes Católicos, á quienes se debió la general trasformacion que hemos visto sufrir á la España, no fundaron una sociedad nueva. Las sociedades no mueren, aunque parezca á veces paralizada su vitalidad, que es otro de nuestros principios históricos: la edad moderna tenia que ser una modificacion de la edad media, como la edad media lo fué de la edad antigua: los tiempos se encadenan; el presente, hijo del pasado, engendra lo futuro, y los períodos de desarrollo de la vida social de los pueblos vienen á su tiempo como los de la vida de los individuos, y unos y otros padecen en los momentos de la crisis.

Cierto que á la mitad y en el último tercio del siglo XV. por una larga série de calamidades habia venido la sociedad española, y principalmente Castilla, la monarquía madre, á tan miserable estado de descomposicion, de anarquía y de abatimiento, que parecia amenazada de una disolucion semejante á la que sufrió en el siglo VIII., y es natural que los que vivieran en aquella edad desventurada se preguntaran: «¿cómo es posible hallar quien levante de su prostracion y comunique aliento y vida á este cuerpo cadavérico?» Pero la ley providencial tenia que cum-

plirse, y la manera como se realizó su cumplimiento fué maravillosa.

Si en situación tan desesperada hubiéramos visto sentarse en el trono de Castilla un hombre de edad madura y de robusto brazo, de larga esperiencia y de acreditado saber, la regeneracion social de España, bien que meritoria, nos hubiera parecido el resultado del orden natural de los sucesos. Mas cuando pensamos en que esta árdua mision fué encomendada á una muger, á una jóven princesa, hija y hermana de los mas débiles reyes, y no ensayada ella misma en el arte de gobernar, entonces no puede dejar de mirarse la trasformacion con cierto asombro. Si se hubiera debido solo á Fernando, la miraríamos como la obra admirable de los esfuerzos de un hombre. Si Isabel la hubiera realizado sola, habria quien lo atribuyera todo á la Providencia. Ejecutada por Isabel y Fernando juntamente, representa la obra simultánea de Dios y de los hombres.

Por una cadena de acontecimientos, de esos que en el idioma vulgar se nombran casos fortuitos que el fatalismo llama efectos necesarios del Destino, y para el hombre de creencias son providenciales permisiones, se vieron Isabel y Fernando elevados á los dos primeros tronos de España, á que ni uno ni otro habian tenido sino un derecho eventual y remoto. Por no menos singulares é impensados medios se preparó y realizó el enlace de los dos príncipes, que trajo la

apetecida union de las dos monarquías. ¡Pero hubie-
ra bastado el matrimonio de los dos príncipes para producir él solo el consorcio de los dos reinos!

Trescientos años hacia que se habian unido en matrimonio un rey de Aragon y una reina de Castilla, y sin embargo, aquel enlace no sirvió si no para avivar los celos, enconar las rivalidades, y encender mas las discordias y las guerras entre los naturales de los dos pueblos. ¿Era acaso menos ambicioso de dominio y de poder Fernando II. que Alfonso I. de Aragon? Con tan arrogantes pretensiones vino el uno como habia venido el otro de dominar en Castilla como esposo de una reina castellana. ¿Cómo, pues, en el siglo XV., con hechos y circunstancias tan análogas y semejantes, se verificó la dichosa union que estuvo tan lejos de verificarse en el siglo XII?

Obra fué esta, tal vez la mas grande (y es en la que menos parece haberse fijado los historiadores) del talento, de la discrecion y de la virtud de Isabel. La hermana de Enrique IV., siguiendo opuesta conducta á la que habia observado con su esposo el rey de Aragon la hija de Alfonso VI., supo moderar con suavidad las aspiraciones del aragonés, y reducirle con su prudencia á aceptar un convenio de justa particion de poderes y de mando. Merced al carácter de Isabel, desde el matrimonio hasta la muerte marchan acordes las voluntades de los dos esposos. Isabel parecia ejercer una especie de fascinacion sobre Fer-

nando; pero su talisman era solamente su amor, su discrecion y sus virtudes. Con él resolvió el difícil problema de poderse regir dos distintas monarquías con un mismo cetro, de poderse gobernar con dos centros una monarquía misma, y de poder reinar dos monarcas juntos y separados. Isabel dominando el corazón de un hombre y haciéndose amar de un esposo, hizo que se identificaran dos grandes pueblos. Esta fué la base de la unidad de Aragon y Castilla, y el principio de los grandes progresos de este reinado.

II.

Halló Isabel cuando comenzó á reinar una nacion corrompida y plagada de malhechores, una nobleza díscola, turbulenta y audaz, un trono vilipendiado, una corona sin rentas, un pueblo agobiado y pobre: halló prelados opulentos y revoltosos como el arzobispo Carrillo de Toledo, caballeros ambiciosos y rebeldes como el gran maestre de Calatrava, magnates codiciosos é intrigantes como el marqués de Villena, próceres osados y traidores como Pedro Pardo, ricos delincuentes como Alvaro Yañez, alcaides criminales como Alonso Maldonado, una competidora al trono incansable y tenaz como la Beltraneja, un rival despechado, presuntuoso y emprendedor como Alfonso V. de Portugal, un enemigo poderoso, político

y astuto como Luis XI. de Francia, un ejército portugués dentro de Castilla, otro ejército francés en Guipúzcoa, y por todas partes tropas rebeldes capitaneadas por magnates castellanos.

A los pocos años los magnates se ven sometidos, los franceses rechazados en Fuenterrabía, los portugueses vencidos y arrojados de Castilla, la competidora del trono encerrada en un claustro, el jactancioso rey de Portugal peregrinando por Europa, el ladino monarca francés firmando una paz con la reiuva de Castilla, los ricos malhechores castigados, los receptáculos del crimen derruidos, los soberbios próceres humillados, los prelados turbulentos pidiendo reconciliacion, los alcaides rebeldes implorando indulgencia, los caminos públicos sin salteadores, los talleres llenos de laboriosos menestrales, los tribunales de justicia funcionando, las córtes legislando pacíficamente, con rentas la corona, el tesoro con fondos, respetada la autoridad real, restablecido el esplendor del trono, el pueblo amando á su reina y la nobleza sirviendo á su soberana. Castilla ha sufrido una completa trasformacion, y esta trasformacion la ha obrado una muger.

Sin esta favorable mudanza en los ánimos y en las costumbres públicas y privadas, sin esta variacion en el estado social y político del reino, no se hubiera podido realizar la empresa de la conquista de Granada. Por eso los monarcas que la habian concebido

supieron aguantar insultos, sufrir injurias, padecer y callar antes de acometerla, hasta contar con elementos para no malograrla. El mérito de la oportunidad fué también de la reina Isabel, que templando la impaciencia, y moderando los fogosos ímpetus de su esposo, supo contenerle hasta que vió llegado el momento y la sazón de obrar.

La conquista de Granada no representa solo la recuperacion material de un territorio mas ó menos vasto, mas ó menos importante y feraz, arrancado del poder de un usurpador. La conquista de Granada no es puramente la terminacion feliz de una lucha heroica de cerca de ocho siglos, y la muerte del imperio mahometano en la península española. La conquista de Granada no simboliza exclusivamente el triunfo de un pueblo que recobra su independencia, que lava una afrenta de centenares de años, que ha vuelto por su honra y asegura y afianza su nacionalidad. Todo esto es grande, pero no es solo, y no es lo mas grande todavía. A los ojos del historiador que contempla la marcha de la humanidad, la material conquista de Granada representa otro triunfo mas elevado; el triunfo de una idea civilizadora, que ha venido atravesando el espacio de muchos siglos, pugnando por vencer el mentido fulgor de otra idea que aspiraba á dominar el mundo. La idea religiosa que armó el brazo de Pelayo, el principio religioso que puso la espada en la mano de Fernando V. La tosca cruz de roble

que se cobijó en la gruta de Covadonga es la brillante cruz de plata que se vió resplandecer en el torreón morisco de la Alhambra. La materia era diferente; la significacion era la misma. Era el emblema del cristianismo que hace á los hombres libres, triunfante del mahometismo que los hacia esclavos.

Con razon se miró la conquista de Granada, no como un acontecimiento puramente español, sino como un suceso que interesaba al mundo. Con razon tambien se regocijó toda la cristiandad. Hacia medio siglo que otros mahometanos se habian apoderado de Constantinopla: la caida de la capital y del imperio bizantino en poder de los turcos habia llenado de terror á la Europa; pero la Europa se consoló al saber que en España habia concluido la dominacion de los musulmanes. Allí se levantaba el imperio Otomano, y acá desaparecia el imperio de Ben Alhamar. El cristianismo de Occidente acudia á consolar al cristianismo de Oriente, y España templaba el dolor de Europa. Al cabo de algunos años todo el poder reunido de la cristiandad habia de marchar á combatir al coloso mahometano de Asia, y no habia de poder arrancarle su presa. La España se habia bastado á sí misma para aniquilar al coloso árabe-africano. Lenta y penosa fué la espulsion de España de los árabes y de los moros; pero volvamos la vista á Oriente, miremos á la Turquía Europea, y contemplemos á Constantinopla todavía en poder de los hijos de Osman ha-

ce mas de cuatro siglos á la puerta de los mas vastos y poderosos imperios cristianos. ¿Durará allá el dominio de la Media-luna tanto tiempo como ondeó aquí el estandarte del profeta de la Meca? Por lo menos en el suelo español nunca gozaron de reposo los enemigos del nombre cristiano.

Por lo mismo, aunque la gloria de su definitiva destruccion tocó á Fernando é Isabel, esta gloria ni eclipsa ni daña la que antes habian ganado los Alfonsos, los Ramiros, los Berengueres, los Jaimes y los Fernandos que habian contribuido á su vencimiento: porque el campo de las glorias es fecundísimo y produce laureles para todo el que sabe cultivarle. Cuanto mas que las grandes obras del esfuerzo humano, como las grandes obras del entendimiento, nunca han podido ser de uno solo, y asi dan honra y prez al que las concibe y comienza, como al que las prosigue ó mejora, y como al que tiene la fortuna de perfeccionarlas ó acabarlas.

La guerra de Granada fué una epopeya no interrumpida de diez años. Desde la sorpresa de Alhama hasta la rendicion de Granada, todo fué heroico, todo fué épico, todo dramático. Los poetas no han podido representar sino cuadros aislados é imperfectos de aquel gran drama histórico. No lo estrañamos. Es de aquellos sucesos en que la realidad histórica sobrepaja á los esfuerzos é invenciones de la poesía, en que la verdad es mil veces mas maravillosa que la fábula.

Se ha comparado aquel período con el de la guerra de Troya, asi por su duracion, como por las hazañas y episodios heroicos y por las figuras homéricas que la ilustraron.

En efecto, la tierna entrevista del marqués de Cádiz y el duque de Medinasidonia abrazándose al pie de los muros de Alhama, convertidos por la benéfica intervencion de la reina de enconados rivales y terribles enemigos en amigos tiernos y auxiliares fieles; los lances trágicos de don Alonso de Aguilar, del maestre de Santiago, del marqués de Cádiz y del conde de Cifuentes en las breñas y desfiladeros de la Ajarquía y en las Cuestas de la Matanza; la prision de Boabdil y la muerte del intrépido Aliatar en los campos de Lucena; la catástrofe de los caballeros de Alcántara en la pradera de Sierra-Nevada; el riesgo que Isabel y Fernando corrieron en el pabellon del campamento de Málaga de caer bajo el puñal de un fanático santón; las maravillosas hazañas de Hernan Perez del Pulgar; el heroismo rudo y salvaje de Hamet el Zegrí; la galantería heroica del príncipe moro Cid Hiaya; los venerables religiosos embajadores del Gran Turco en la tienda de los reyes cristianos; la resignacion estóica del Zagal; los amores y desdenes de Muley Hacem, y los celos y rivalidades de las sultanas Aixa y Zoraya; los combates sangrientos de la Alhambra y del Albaicin; la reina de Castilla soltando cadenas á millares de cautivos aca-

riciándolos como madre y dándoles á besar su real mano; los contrastes de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza de las rivales tribus gomeles y zegríes, abencerrages y gazules; los ardidés y proezas y las peligrosas aventuras de Juan de Vera, de Hernan Perez, de Martin de Alarcon y de Gonzalo de Córdoba; la galante conducta del conde de Tendilla con la bella Fátima; el campamento cristiano en la Vega; el noble marqués de Cádiz recibiendo á la reina en su pabellon de seda y oro; los combates caballerescos; el incendio de las tiendas, y la prodigiosa aparicion de una ciudad como de milagro fabricada; el desventurado Boabdil saliendo con abatido semblante por la puerta de los Siete Suelos á entregar á su afortunado enemigo las llaves del último baluarte del imperio musulman; el gran sacerdote de España, el cardenal Mendoza, subiendo por la cuesta de los Mártires á tomar posesion de los régios alcázares moriscos en nombre de su reina y de su religion; la reina Isabel postrada de rodillas con su ejército y con su clero en el campo de Armilla adorando la cruz que resplandecia en la torre de la Alhambra, y haciendo resonar los embalsamados aires de la Vega con el canto poético que los cristianos entonan en accion de gracias al Dios de las victorias; escenas y situaciones son estas que no ceden en interés dramático á las de las mas bellas páginas de la Iliada, y personajes son que igualan, si no esce-

den en grandeza, á los Hectores, los Ajax, los Patroclus, los Aquiles, los Ulises y todos los demas héroes de Homero.

De contado, sobre faltarle á la guerra de Pérgamo el interés de ser la última jornada de un drama inmenso que había comenzado hacia mas de siete siglos: sobre carecer del gran contraste de los dos principios religiosos, que eran el resorte de las acciones heróicas y el móvil de los actores y de los combatientes de uno y otro campo, no tuvo el cantor de Smirna bastante fecundo ingenio para idear una figura tan noble, tan bella, tan magnánima, tan sublime y tan interesante como la de la reina Isabel. No, no alcanzó la imaginacion del poeta de la Grecia á concebir una idealidad que se asemejara á lo que en realidad fué una reina de veinte y cinco años, radiante de gracia y de hermosura, esposa tierna y madre cariñosa, cuando se presentaba en el campamento de Moclin cabalgando en su soberbio palafren, con su manto de grana y su brial de terciopelo, llevando al lado la tierna princesa su hija, y seguida de las ilustres damas y de los gallardos donceles de su córte; cuando el espejo de los caballeros andaluces, el marqués de Cádiz, recibia y saludaba á la soberana de Castilla al pie de la Peña de los Enamorados; cuando el duque del Infantado y los escuadrones de la nobleza abatian á compás, para hacer homenaje á su reina, los viejos estandartes rotos y acribillados en cien batallas; cuan-

do el rey Fernando se adelantaba en su ligero corcel, ciñendo al costado una cimitarra morisca, y dejando atrás la flor de los caballeros de Castilla se apeaba ante su esposa, y la saludaba reverente, y despues imprimia en las megillas de la esposa y de la hija el ósculo de amor.

Homero no inventó un cuadro como el que ofreció la aparición repentina de la reina Isabel en los reales de Baza, como el ángel del consuelo, ante un ejército desfallecido, consternado, abatido de las fatigas, del frío, del hambre y de la miseria, y reanimando con su presencia, é infundiendo valor, aliento y vida á los descorazonados combatientes, y convirtiendo en júbilo y regocijo el desánimo y tristeza de capitanes y soldados. El primer poeta del mundo no ideó un espectáculo como el que presentaron las colinas de Baza el día que Isabel, recorriendo á caballo, con aire esbelto, rozagante y gentil, las filas de sus guerreros, circundada de un coro de doncellas y de un cortejo de prelados y sacerdotes, de caballeros y donceles, por entre mil banderas aragonesas y castellanas desplegadas al viento, y resonando por el espacio los agudos sonos de las bélicas trompas, al tiempo que vigorizaba á los suyos llenaba de admiración y asombro á los moros y moras de Baza que la contemplaban absortos desde los alminares de sus mezquitas, y encantaba y fascinaba al caballeroso príncipe Cid Hiaya, que entró en envidia de hacer alarde de diestras evoluciones y

vistosos torneos ante la reina de los cristianos, para concluir por rendirse á su mágico influjo, y por hacerse súbdito suyo y cristiano como ella, y caballero de Castilla.

Y este mismo efecto producía en el campamento de Santa Fé y á la vista de los muros de Granada, y este mismo entusiasmo excitaba do quiera que se aparecía.

Pero esta influencia portentosa en capitanes y soldados no era ni una decepción en que cayeran ellos, ni un artificio de la reina para seducir. Es que veían en ella su genio tutelar. Es que á la aparición de la muger hermosa contemplaban la reina que se afanaba por que no les faltasen los mantenimientos, empeñando para ello sus propias alhajas; es que tenían delante á la institutora de los hospitales de campaña; á la que curaba con su mano á los heridos, á la que premiaba con largueza los hechos heroicos, á la que consolaba, alimentaba y vestía á los miserables que salían del cautiverio, á la que compartía con el tostado guerrero los trabajos y fatigas de las campañas, á la que concebía los planes, organizaba los ejércitos, mantenía la disciplina, ordenaba los ataques y presidía la rendición de las plazas.

Y si se considera que esta reina, cuando se presentaba en las trincheras de los campamentos y entre los cañones y lombardas, era la misma que hacía poco había estado sentada en un tribunal de justicia, ad-